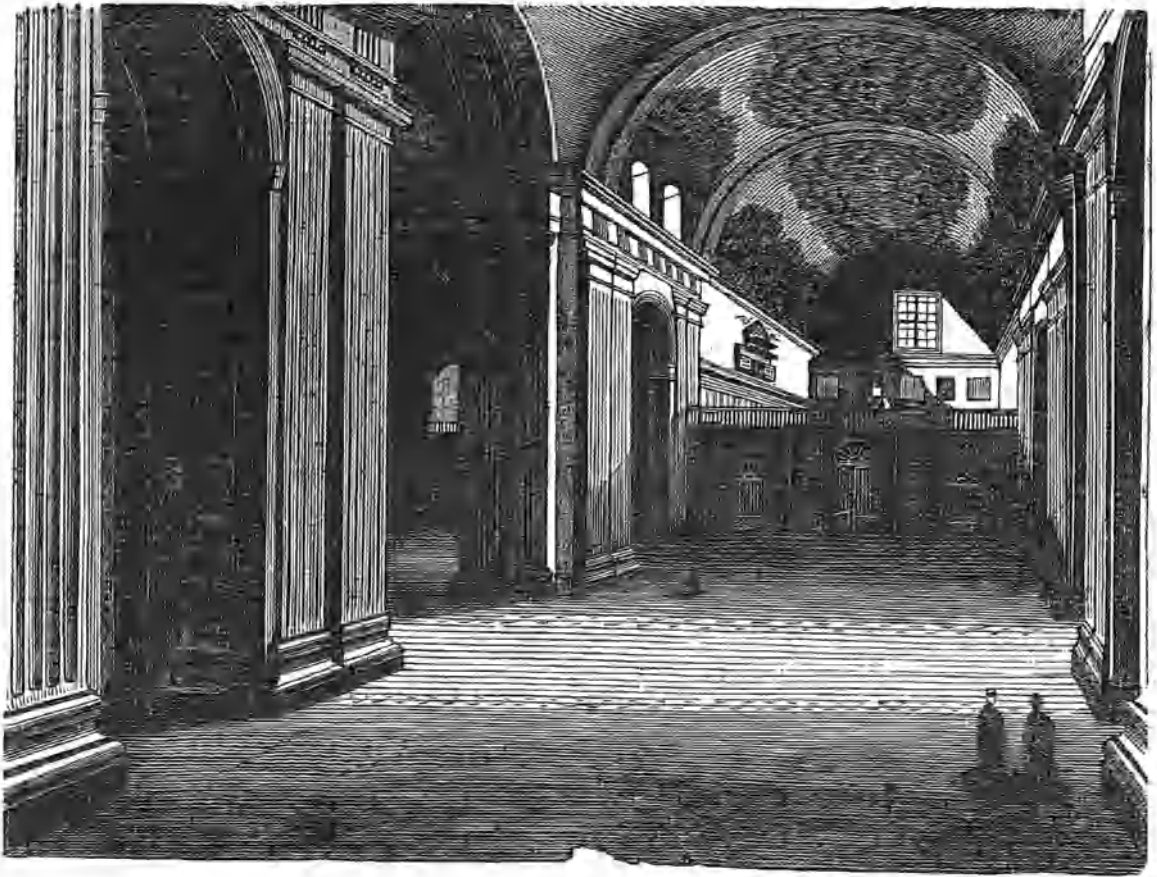


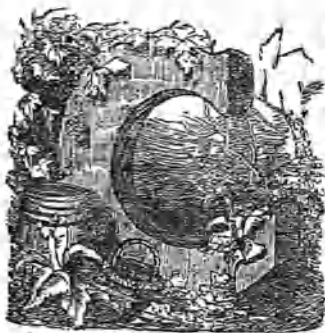
ESPAÑA PINTORESCA.



SAN LORENZO DEL ESCORIAL. (1)

Su iglesia, sus frescos y pinturas.

ARTICULO PRIMERO.



HANDO por la vez primera se halla el artista bajo las inmensas bóvedas de aquel gran templo, que revela á un tiempo la gloria de las armas y de las artes españolas, sobrecogido de entusiasmo y poseído solo de un pensamiento, apenas acierta á apreciar cuantas bellezas tiene, ante su vista, apenas puede comprenderlas. El alma libre por un momento de mundanales ideas, parece remontarse en alas de la inspiración á otras más noble esfera, en donde

no se escuchan los gritos de la mezquina ambición que nos agita, y en donde solo asienta su dominio el genio creador de las artes, para vivificar y fortalecer los espíritus elevados. La iglesia de San Lorenzo, magnífica como el pensamiento á que debió su existencia, sublime, como el Dios de las batallas á quien fué consagrada, severa como el genio sombrío del monarca que la erigió, es en efecto uno de los más grandiosos monumentos del gran siglo que ha merecido por antonomasia el renombre de *siglo de oro*.

Considerado no obstante este monumento con relación al estado general que presentaban las artes al construirse, examinado bajo su aspecto religioso, tal vez habrá escritores que echen de menos en él la riqueza y abundancia de ornamentación que ostentan otros mil edificios levantados en la misma época, y tachen al par de poco cristianas las formas empleadas en su fábrica. No sabemos nosotros hasta

(1) Véase el tomo I del Semanario, pág. 9.

qué punto puedan tener razón los primeros, partidarios sin duda del arte de Brunelleschi y admiradores de las producciones de los Egas, los Covarrubias, los Riaños y los Berruquetes. Los segundos, es decir, los que no crean que el templo del Escorial es tan cristiano como debiera, podrán acaso fundarse en respetables tradiciones artísticas, consagradas por el trascurso de los siglos y por el sentimiento religioso de los tiempos medios. Pero aunque rechacen de lleno el arte greco-romano que aspiró a resucitar quizá sin el debido examen, las formas del antiguo en medio de una sociedad que profesaba distintas leyes, que entrañaba diversos elementos de cultura, hijos también de distintas costumbres, todavía pueden alegarse grandes y poderosas razones en defensa de Herrera y de su obra maestra, bien que no convengan igualmente a todas las fábricas que bajo los mismos principios en aquel tiempo se levantaron. Verdad es que el sentimiento religioso de la edad media había consagrado al cristianismo la arquitectura gótica-ogival, sublime personificación de elevadas y santas creencias: verdad es que este arte había llegado a su más completo desarrollo y reflejaba en sí el estado próspero de la civilización, poblando antiguas ciudades de maravillosos templos; pero llegaba la hora de la oscilación y de la duda, se habían removido las cenizas del antiguo mundo, y al contemplar su destrozada grandeza, al recordar sus triunfos y sus hazañas debían relajarse las más puras doctrinas, poniéndose en tela de juicio las más altas verdades, al paso que se admitían sin repugnancia y se canonizaban fácilmente cosas que solo podían vivir como recuerdos de otras edades y otros pueblos. Las artes habían entrado en esta senda: el ejemplo de Italia, en donde no había podido nunca amortiguarse la influencia del arte romano, fué seguido por los demás pueblos de Europa; y vieron acudir los artistas de todas las naciones a Roma y a Florencia, para estudiar las ruinas del imperio y seguir las huellas de los Bramante, Palladio, Strozzi, Sansovino y Michael Angelo. El arte por una extraña contradicción, aparecía de acuerdo con el estado intelectual del siglo XVI, al paso que había roto sus antiguas tradiciones: igual fenómeno presentaba también la literatura: a la literatura popular había reemplazado en todas las naciones la literatura docta, que tomando por modelo las producciones de griegos y latinos, había abandonado sus naturales y sencillas galas, para investirse de otros más vistosos arreos, si bien menos espontáneos, menos nacionales. Sin embargo, ni en artes, ni en letras pudieron extinguirse absolutamente todos los gérmenes de vida que se habían desarrollado durante la edad media: sobrevivieron algunos elementos dotados de mayor ó menor fuerza y vigor, é inculcados en los nuevos sistemas, fueron suficientes para correctizarlos. Al lado de la arquitectura de Palladio floreció el arte de Brunelleschi: severa aquella y majestuosa recordó las magníficas construcciones del pueblo que llevó sus estandartes victoriosos por todo el mundo; rico, fantástico y lozano, reflejó este los diversos elementos que habían dado vida a las artes, durante el largo periodo de cuatro siglos, ya ostentando la prodigiosa fecundidad del arte gótico, ya revelando la esquisita ornamentación de la arquitectura arábiga.

Hé aquí el estado en que se encontraban las artes al concebir Herrera el gran templo que ha inmortalizado su nombre: el arte plateresco y el arte greco-romano, propiamente dicho, habían dividido entre sí el imperio de la arquitectura y por tan opuestos caminos, reflejaban el estado social del siglo XVI. La edad media desaparecía ante el mundo moderno, y hábitos, leyes, creencias y costumbres se modificaban y confundían, al brillar la luz del antiguo mundo desde sus despedazadas y magníficas ruinas. En esta época de incertidumbre y de orgullo, de imitación y de gémo, apareció Herrera al lado de Felipe II, para levantar el suntuoso monumento, cuyo nombre hemos puesto al frente de estas líneas. ¿Cuál debió ser el carácter, cuáles las formas que debió dar a su obra?... Felipe II le había dicho: «hagamos un monumento digno de la grandeza del Dios que adoramos y que recuerde a las generaciones futuras mi poder y mis victorias.» Felipe II extendía su dominio por casi toda Europa, y los leones castellanos rugían a la otra parte del mundo, postrando a los pies de la vencedora España los más colosales imperios; el sol jamás se ponía en sus estados. Herrera, amamantado en las grandes máximas de los Palladio, Sansovino y Strozzi, dotado de un talento superior, de un carácter austero y de una imaginación verdaderamente creadora, comprendió el grandioso pensamiento de Felipe II; y para llevarlo a cabo, empleó los recursos que podía suministrarle el arte de sus días. Inútil hubiera sido el pensar en las formas ogivales: cuanto pertenecía a la edad media en arquitectura había sido designado con el nombre de bárbara por los artistas y escritores de Italia, sin que fuese dado a los de otras naciones resistir al impulso que estos comunicaban a las artes y a las letras. Así la arquitectura gótico-germánica, como algunos la apellidan, no podía cumplir al propósito de Herrera. Apelo por tanto al arte del Renacimiento, y entre los dos caminos que este le presentaba, eligió el de la arquitectura greco-romana. Determinar si acertó al obrar de esta manera, cosa es que a la sana crítica corresponde. El arte plateresco que tantas maravillas había derramado y derramaba a la sazón en el suelo de la Península; ¿era capaz de producir un templo de tan colosales dimensiones como las que pretendía dar Herrera a su fábrica? Y dado caso que lo fuera ¿se percibirían en aquella gran mole las bellezas de ornamentación que más le caracterizan?... Hé aquí como nosotros formulamos esta cuestión, para darle la solución que naturalmente tiene. No seremos ciertamente los que neguemos al arte plateresco la capacidad de producir un templo de las dimensiones que el de San Lorenzo del Escorial presenta: los numerosos ejemplos de una distribución tan sencilla como majestuosa que pudieramos citar entre los edificios debidos a este arte, y las buenas y acertadas disposiciones de grandes masas que no pocos ofrecen, bastarían sin duda para persuadir que la arquitectura de Brunelleschi y de Bramante podía suministrar al génio creador de las artes los medios suficientes para levantar un monumento de la magnitud de San Lorenzo. Pero la riqueza fecundidad y lozania de sus riquísimos frisos y pilastras, la caprichosa variedad de sus columnas y balaustrés, la abundancia prodigiosa de sus ornamentos en repisas, entablamentos pechinas y acrote-

rias, todo hubiera contribuido indudablemente á profanar, por decirlo así, el pensamiento de Herrera. Su génio rígido y severo buscó mas austeridad en las formas, y comprendió que la riqueza plateresca habria necesariamente de desaparecer ante las grandiosas proporciones de aquellas grandes moles de piedra, sobre que meditaba levantar el edificio de su gloria. Así pues, sin repudiar el arte de Brunelleschi por insuficiente, y dejándose llevar de sus instintos naturales y de la conveniencia del género de arquitectura greco-romano para edificar en el siglo XVI un templo tan magnífico y suntuoso como exigía la grandeza y poderío de Felipe II y como habia menester su orgullo de vencedor, adoptó Juan de Herrera la senda que mas fácilmente le habia de conducir al término á que aspiraba. Y no se diga que su obra es mas ó menos pagana, porque se decidiera tan abiertamente por las formas clásicas: sobre este punto, repeliémoslo lo que dejamos ya arriba insinuado. Si en esto hay motivo de censura, culpese mas bien al carácter del siglo XVI que al génio del artista. Si Herrera hubiese vivido en el siglo XIV no hubiera empleado de modo alguno para sus obras mas formas que las piramidales, ni mas arquitectura que la llamada gótico-germánica. Al usar de las formas greco-romanas, pagó un tributo á la época en que vivía.

Asentado ya que Herrera no pudo prescindir de cuanto le rodeaba y que el arte de Palladio y de Sansovino era el mas á propósito en el siglo XVI, para erigir un templo que cumpliera á las miras de Felipe II, réstanos hacer algunas observaciones sobre el carácter general de la iglesia y monasterio de San Lorenzo, sin que nos sea dado el detenernos á examinar menudamente cuantas preciosidades encierra, lo cual daria motivo á largas descripciones, y aun á estensos volúmenes. El templo de San Lorenzo es sin duda la obra mas suntuosa que posee España en el género de arquitectura á que pertenece. No han fallado escritores que al mencionar esta gran fábrica hayan asegurado que murió en ella el génio de las artes españolas; y á la verdad que cuando consideramos la decadencia lastimosa en que estas cayeron desde fines del siglo XVI, no puede menos de reconocerse que en este aserto hay un fondo de verdad innegable. Desde que á lo lejos se descubre la gran cúpula, rodeada de las gallardas torres angulares y de las que contenian hasta hace pocos años las campanas, se forma una idea de aquella suntuosa fábrica, que contrasta por su grandeza con los elevados montes de que se halla circuida. Sin embargo, aquellas gigantes moles de granito, comparadas instintivamente por los espectadores con las fábricas del monasterio, parecen rebajar la magnitud del monumento, siendo esto causa de que á primera vista no se aprueben y reconozcan de lleno sus colosales dimensiones. Al contemplar desde la esplanada del mediodía aquel edificio, al considerar la estension de su fachada principal y la elevacion de sus muros, es cuando se concibe toda su importancia y se comprende su grandeza. Y á pesar de todo, preciso es confesar que agujereado aquel inmenso muro por multitud de ventanas de reducidas proporciones, desaparece en parte el grandioso efecto producido por tan colosal conjunto. Grandiosa es la portada que se contempla en el centro, compuesta de medias columnas que reciben el entablamento, descansando

sobre un ancho zócalo dividido por la puerta de entrada, que comunica con el primer portico del patio llamado de los reyes. Pero no nos pareció tan bella como la imaginábamos antes de verla, disgustándonos en gran manera las dos pirámides que se hallan sobre el entablamento á uno y otro lado del cuerpo principal, coronadas de dos grandes bolas. Este ornato que se encuentra bastante prodigado en todo el edificio, no produce allí el mejor efecto, contribuyendo por el contrario á rebajar el que en el ánimo del espectador causa el primer cuerpo con la severidad de sus líneas.

Suntuoso nos pareció el pórtico del patio de los Reyes, que dá entrada por tres grandes puertas al vestíbulo del templo, cubierto por una bóveda plana que sirve de pavimento al coro. Pero luego que pasamos la verja de bronce que separa á este vestíbulo del cuerpo de la iglesia, no pudimos contener el entusiasmo que en nosotros produjo el gran templo, en cuyo recinto nos hallábamos. Confesamos ingenuamente que sin recordar las formas de la arquitectura que le decora, sin meditar un punto sobre la procedencia del arte á que es debida, el templo de San Lorenzo despertó en nosotros elevadas ideas y sentimientos altamente religiosos. ¿Cuál podrá ser la causa de esto?... Herrera que abrigaba en toda su pureza las creencias de sus mayores y que habia comprendido el pensamiento colosal de Felipe II, no podía olvidar que las formas del arte romano, no se amoldarian tan fácilmente á sus deseos, sin experimentar algunas modificaciones, insignificantes quizá en su apariencia, bien que de suma importancia en el fondo. Allí está en efecto el arte derivado del greco-romano; pero purificado por el génio del cristianismo; engrandecido por la severidad austera de aquellas líneas que parecen remontar el espíritu á otra esfera, alterado visiblemente en su disposicion y en sus proporciones. En efecto; ó nosotros sabemos muy poco de la historia del arte, ó no existió en la antigüedad un templo de tal magnitud ni de tan grandiosas formas; solo la gran basilica de San Pedro en Roma y el templo de San Pablo en Londres, pueden en los tiempos modernos competir en este punto con la iglesia de San Lorenzo; sin que sea dado al último sostener con ella la comparacion, respecto á su mérito artistico. La catedral de Londres, á pesar del magnífico conjunto que en su exterior presenta, á pesar de los visibles esfuerzos hechos por su arquitecto, Gerónimo Wren, para emular en su interior la basilica romana, deja conocer facilmente que era aquel artista partidario demasiado ciego de las formas clásicas, y que se habia ya apartado de la comunión católica. En una palabra; la catedral de Londres es un templo protestante; mientras la iglesia de San Lorenzo, á pesar de los obstáculos ya indicados, puede tal vez presentarse como modelo de un templo católico en los tiempos modernos.

La planta de esta iglesia, si bien describe en la nave principal y en el crucero una cruz latina, es en su totalidad la de una parrilla, forma que se dió tambien al conjunto del monasterio para simbolizar en ella el martirio del Santo, bajo cuya advocacion especial se ponía aquel monumento. Esta disposicion hace, pues, que el templo se componga de tres naves; terminando las colaterales en el crucero y siendo mucho menos elevadas que la central, cuyas colosales

proporciones contribuyen en parte a rebajar la magnitud de aquellas. Consta el cuerpo de la iglesia de dos arcos, sin contar los torales en que estriba la magnífica cúpula, descansando en fuertes machones, adornados de colosales pilastras istriadas, que se levantan hasta el cornisamento. Hemos oído a algunos artistas é inteligentes tachar esta parte del edificio, manifestando que el embasamiento en que asientan las referidas pilastras, ó carece de alguno de sus principales miembros ó es notoriamente defectuoso, por no corresponder á lo restante de la fabrica. Indudablemente que á primera vista llama la atencion y aun repugna al buen gusto el considerar la poca elevacion del embasamiento referido, no pareciendo sino que se ha hundido en el pavimento bajo la inmensa pesadumbre de los machones y de las bóvedas. Pero este defecto que es sin duda imperdonable en un genio como el de Herrera, desaparece al levantar la vista para contemplar la magnífica cúpula que se eleva á la prodigiosa altura de trescientos treinta y cinco pies hasta el anillo de la linterna, la cual tiene otros veinte pies de elevacion, componiendo la suma total de trescientos cincuenta y cinco, que excede á las mas elevadas torres de toda España. Dividese la media naranja en ocho grandes compartimientos, en cada uno de los cuales se mira un arco de considerables dimensiones, adornando pilastras sencillas y graciosas molduras, este primer cuerpo hasta el arranque ó anillo de la cúpula. No puede esta ser mas suntuosa y bella, ni producir mas sorprendente y agradable aspecto en el animo de los espectadores. Ya lo hemos indicado arriba: cuando el artista alza los ojos desde aquel pavimento para examinar tan sublime portento, se siente instantáneamente sobrecogido de un respeto profundo, y olvidándose de cuanto en el mundo le rodea, aspira a remontarse á otras regiones. Hé aqui el triunfo de Herrera.

Sobrehúo es tambien el altar mayor de San Lorenzo, formado todo de preciosos mármares y compuesto de tres cuerpos de arquitectura. El primero es dórico, el segundo jónico y corintio el tercero. En los intercolumnios se contemplan excelentes cuadros y estatuas, cuya descripcion ocuparia largos volúmenes, si fuera nuestro propósito el detenernos en su examen. Baste decir que tanto el retablo, como las pinturas y esculturas que contiene son dignas del gran templo, pareciéndonos las estatuas de mayor estima. A uno y otro lado del anchuroso presbiterio se hallan las tribunas, desde donde las personas reales contemplan los divinos oficios; levantándose sobre aquellas dos cuerpos de arquitectura, de órden dórico, en cuyo centro se ven arredilladas ante ricos reclinatorios las estatuas de Carlos V y Felipe II, acompañados de sus respectivas mugeres. Son estas estatuas de sobresaliente mérito y se miran doradas perfectamente, esmaltando los mantos de los reyes vistosos escudos de armas, en donde resaltan las águilas austriacas y los leones castellanos. Al bajar las anchas gradas del presbiterio se encuentran dos púlpitos, construidos en tiempo de Fernando VII, los cuales no tienen mas mérito que el de ser de exquisita agata, pareciendo por lo demas demasiado mezquinos en el lugar que ocupan.

Cubren las bóvedas del templo riquísimos frescos debidos á excelentes artistas; representando alegorias

religiosas, en donde lucen las galas de ardientes imaginaciones y campean las mas brillantes dotes del ingenio, al bosquejar aquellos sublimes episodios de la grande epopeya del cristianismo. El examen de estos preciosos techos daria indudablemente motivo para ocupar largos pliegos, lo cual sucede en las descripciones que del Escorial se han dado á la estampa; mas no siendo nuestro objeto el escribir una obra especial, y si solo consagrar un recuerdo á aquella grande produccion de las artes, seanos licito pasar ligeramente por tan apreciables creaciones, bastando solamente el apuntar aqui que en las bóvedas de San Lorenzo hallan los artistas tantas bellezas que admirar como rasgos ha dejado el pincel en aquellos magníficos frescos. Sin embargo, parecennos preferibles las pinturas de la nave principal y aun las de las bóvedas laterales á las del coro, en donde no resaltan á la verdad tan excelentes dotes. Los cuadros al óleo, que se contemplan en los altares de las naves laterales y en las capillas inmediatas al vestibulo del templo, son tambien de bastante mérito: representan á los apóstoles y á otros santos y santas mártires, y todos se hallan en buen estado de conservacion, formando toda la decoracion de aquella suntuosa iglesia, en donde solo impera un pensamiento, en donde solo no sentimiento anima el corazon, dejando toda idea terrenal y mundana.

Magnífica es la sacristia de San Lorenzo, si bien desfigurada algun tanto por el retablo churrigueresco de la *Santa forma*, con que en tiempo de Carlos II se pretendió hermosearla, no ofrece ya la suntuosa perspectiva que en sus primitivos tiempos. Tampoco enriquecen sus muros los preciosos cuadros que no há muchos años los decoraban, ni atesora la riqueza que en vistosas preseas y vasos de grande estima legaron á San Lorenzo los monarcas que recibieron de manos de Felipe II el cetro de las Españas. A pesar de todo, aun encierra aquel grandioso recinto algunos lienzos de mérito, debidos á célebres pintores españoles y extranjeros; aun se custodian alli con esmero ricos ornamentos de altar y esquisitos ternos, bordados de mil labores y sembrados de láminas de correcto diseño y bello colorido, que recuerdan el fausto y la grandeza del siglo XVI, revelando al par el brillantísimo estado de las artes en aquella época venturosa. Al frente de la puerta principal de la sacristia se contempla el retablo de la *Santa forma*, cuajado de inútiles y revesados ornatos, sobrecargado de mármares y relieves de pobre escultura, y sembrado de bronce y dorados, que contribuyen á presentar aquel extraño conjunto á los ojos de la muchedumbre como un extraordinario prodigio de las artes, mientras revelan á los inteligentes su lastimosa decadencia. En el centro existe el cuadro de la *Santa forma*, tan celebrado de todo el mundo; cuadro de retratos en donde no tuvo el artista que hacer grandes esfuerzos de concepcion, si bien logró reproducir fielmente y con su propio colorido aquella escena, en que el imbécil Carlos II rendia el homenaje de una adoracion estúpida á uno de los mas altos y sublimes misterios de la religion cristiana. Alli está aquella corte de miserables parásitos y adúladores que medraban á costa de la infantil credulidad y del pusilánime carácter de Carlos: alli se contempla todo el aparato del fanatismo que le agobiaba.... Y detrás de

aquella especie de *trasparente* se miran todavía algunas banderas de Lepanto!

Suntuosos como todo el monasterio de San Lorenzo, son los claustros que rodean el *Palio de los Evangelistas*, llamado así por ostentar en el centro un gallardo templete, revestido de vistosos jaspes, ricándose en los ángulos exteriores ocupar cuatro buenas estatuas de mármol blanco, que figuran á San Juan, San Marcos, San Mateo y San Lucas, otras tantas ornacinas. El claustro principal se halla en sus cuatro soberbios pórticos exornado de pinturas al fresco, que representan pasajes del Nuevo Testamento y que han dado mucha fama á esta parte del edificio. Mucho mérito existe, en efecto, en aquellas producciones; y sin embargo en las violentas actitudes y exageradas proporciones de algunas figuras, así como en la semejanza de no pocos rostros, echamos de ver cierto amaneramiento, digno de censura, que caracteriza por otra parte las obras de los artistas italianos en la época en que aquellos frescos se pintaron. Mayor riqueza notamos en la bóveda de la magnífica escalera que conduce á los claustros superiores, recordando el techo de la sacristía de la catedral de Toledo, al examinar aquella fecunda producción del lozano ingenio de Lucas Jordan; sin que por esto asentemos que en los escorzos y atrevidas actitudes de sus figuras no se advierta también algún amaneramiento y falta de corrección en el diseño. En esta suntuosa y régia escalera se ven pintadas la batalla y toma de San Quintín, á cuyo fausto acontecimiento se erigió el monasterio y templo de San Lorenzo. En el depósito Felipe II cuanto riqueza atesoraban las artes y las letras en aquella época de renacimiento, en que las unas y las otras tocaban ya á su apogeo, después de haber despertado del letargo en que por muchos siglos habían yacido. En el presente artículo hemos echado una rápida ojeada sobre las producciones de las primeras y sobre el gran templo de Juan de Toledo y Juan de Herrera; en los siguientes trataremos de dar á conocer, aunque sumariamente, algunos de los más preciosos códices que la biblioteca del Escorial encierra, haciendo al mismo tiempo oportuna mención de las muy raras y excelentes ediciones que en la misma se conservan, tal vez ignoradas de nuestros bibliógrafos y literatos.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XVII.

Santiago el Verde en Madrid. (1)

Deseando están la tarde del día de San Felipe y Santiago, que es á primero de Mayo, cuantas órdenes de gente seglar contiene la corte. ¡Válgame Dios! ¿Qué querrán hacer con esta tarde santa mas que con otras? Bajar al Sotillo. ¡V qué es el Sotillo? Un pedazo de tierra que dista de Madrid, por cualquiera de sus salidas, mas de un cuarto de legua. A la ida muy cuesta abajo: ¿cuál será la vuelta? Hay en ella unos árboles, ni muchos, ni galanes, ni grandes: mas parecen enfermelad del sitio, que amenidad influida. Humedece este soto, dividido en istas, Manzanares, poco mas que si señalaran la

tierra con el dedo mojado en saliva. Estas no son cosas de llamar la gente: algo mas debe de haber. Unas piedras hay de unas paredes, ó unas mal aventuradas reliquias de una ermita, que se dice fué dedicada á estos dos Apóstoles. ¡Oh, inaudita devoción de la corte! ¡Hacer peregrinacion gustosa á venerar las señales de unas paredes, que fueron santas! De quantos bajan al Sotillo, no debe de haber tres que sepan que hubo en él tales paredes. Pues ¿á qué bajan? A verse unos á otros. ¡Oh sagrados principios de las cosas! Este concurso le empezó la devoción, y le conserva el vicio. No se caerá tan aprisa esta mala costumbre, como las paredes de la ermita: de mas duracion que de cal y canto son los vicios públicos. En fin á verse los unos á los otros bajan. Pues ¿no conseguirían lo mismo con concurrir á la calle Mayor? Si, pero no sabia tan bien, que costaba menos trabajo. La fiesta que muele, es grandisima fiesta. Un mes antes del día del Sotillo está pensando la dama que ha de ocupar aquella tarde estribo en coche, qué gala sacará que embelese los otros coches. Piensa mil boberías de varios colores: comunicas con el galán que le ha de dar el coche y la gala; y él, indeterminable en la confeccion del vestido, la dice que se lo deje comunicar con su camarada D. Fulano, que tiene don de saborear vestidos. Es el dicho camarada un mozo ocioso, pobre, vicioso, de cuerpo de caballero, de habla de bien criado y de impacencias corregidas, que señalan debajo del entendimiento grande profundidad de valor. De esta profesion llevan muchos hombres los lugares muy grandes. De estos algunos fueron soldados, y mientras pensaron que era holgura la guerra, y la dejaron, porque vieron que era muy peligroso el arrepentimiento tardío. Otros sirvieron á señores, mientras creyeron que los podrian mandar; pero en viendo que eran señores y amos, huyeron de ellos. Y otros gastaron su patrimonio en Salamanca; afilaron el pico en cuatro ó seis libros de comedias, y vinieron á la corte á ser hablantes. Todos estos valdiesos andan en los lugares populosos, como en algunos campos unas yerbezuelas que ni tienen raiz ni sustancia propia: pero agárranse de una piedra y danse tan buena maña, que sacan jugo de ella y se sustentan de chopacha. Ellos, pues, como se hallan sin raiz y sin virtud, con el ansia de vivir se agarran de un rico, sin reparar en qué es una piedra; pero al fin sacan sustancia de él, y viven. Comunica nuestro galán con su chupante el vestido que ha de sacar su dama el día del Sotillo, y como no ha de pensar en cómo lo ha de pagar, tiene mas lugar de pensar en cómo ha de ser, y guísale sabroso, y guísale como por libro de cocina, á muchísima costa.

Llega la noche del último día de Abril, y no duerme á derechas el galán que ha de dar coche á su dama el día siguiente, téngale propio, ó no le tenga. El que le tiene propio, hizo llevar las mulas aquella tarde: acostóse, temiendo no le hubiesen clavado alguna, y durmió cojeando. El que no le tiene propio, sino ofrecido, se acuesta temblando de tantos accidentes como se llevan una palabra; y el ruido que hace el coche en su sueño le despierta aquella noche treinta veces. Siempre se sueña que se teme.

(1) Véanse las obras de D. Juan de Zavaleta.

Amanece, pues, el deseado día, que da principio al Mayo, y abre la tierra tantos ojos cuantas rosas despliega.

Póngase el que fuese curioso (algunos lo habrán hecho) á ver como una rosa amanece, la verá salir del abrigo de sus hojas (flor en fin de entre el invierno y el verano) con la púrpura trasparente del verano sobre la nieve del invierno, colores verdaderamente suyos, individualmente sanos. Y si los ojos no le dieron de uso toda la fé que merece, no deje hoja en todo el rosal que no mueva, á ver si esconden ministros del engaño. Vea amanecer una dama, la que á él le pareciera á todas horas rosa, la hallará con el cabello apretado en trenzas y con la cabeza sin cabello, de tal arte travado lo uno con lo otro, que parece cabeza de loca, que se ha prendido al pellejo tiras de bayeta. Los ojos donde suelen estar, pero sin las cejas con que anochecieron. Las mejillas pálidas; la nariz morada; los labios secos; los dientes turbios; el aliento pesado y la garganta sin lustre. Pues ¡válgame Dios! ¿Qué encanto es este? A las once del día todas las señas tiene de rosa. Vayan tras de ella en saliendo de la cama, y verán el encanto. Safe en enaguas y justillo: vase al sitio determinado para la reformation: siéntase en una almohada pequeña: arrimale la criada un espejo hendido á un taburete bajo, abre ella una arquilla, que tiene á la mano derecha, y saca de ella unas aderezos de engañar los ojos que un jugador de manos de la bolsa coñida, ¡Paciencia de Dios, y las maldades que se pone en aquella cara! Mientras ella se está traspintando por delante, la está blanqueando por detrás las espaldas la criada, que arrollando el justillo hácia las sangraduras, lo permite. Esta es tarea larga y trabajosa: yo pienso que ha de venir á parar en albañiles. Acabado este negocio, se encargan ambas de la provincia de la cabeza. Una peina por delante y otra por detrás; correspondense ambos gobiernos, y queda el pelo muy bien ordenado. Si las mujeres supieran gobernar sus pensamientos como su cabello, fueran las mugeres cabezas del mundo. Remata esta obra una lazada de colonia, de color alegre, y remátala con agrado. Ya este demonio ha tomado forma de ángel de luz, y son tan bobos los hombres que, sabiendo que todas amanecen demonios, se dejan engañar de la luz misteriosa, que se aplican. Por cumplir con estos vestigios se hacen pedazos. Haciéndose pedazos andan el primer día de Mayo por la mañana los que han de dar coche á alguna dama por la tarde. Por el suceso siguiente se verá cuáles andan.

En la calle del Príncipe posaba un caballero de Burgos, que gozaba cumplido mayrazgo. Este había ofrecido su coche para el Sotillo á una dama que galanteaba. El mismo día á la una llegó á su posada á caballo el corregidor de Madrid, que era su tío, y sin apearse le envió á llamar: él salió y el corregidor le dijo: sobrino, yo he menester dar un coche esta tarde, y no le tengo, porque en el mío va mi mujer. Tan grande es el empeño, que será menos cualquiera razon que haya para no dármelo: y así el de V. esté esta tarde á las tres á la puerta de mi casa. A Dios, que es día muy ocupado. Fuésc, y quedó el hombre en el umbral de la puerta tan sin movimiento y sin voz, como si fuera de piedra. Cobróse un poco, y díjole

á un criado con voz desagradada que, en comiendo las mulas llevase el coche á la puerta de su tío, y entróse en su cuarto. En él tomó la espada y la capa, y sin acordarse de que había de comer aquel día, se salió de la posada como fuera de sí.

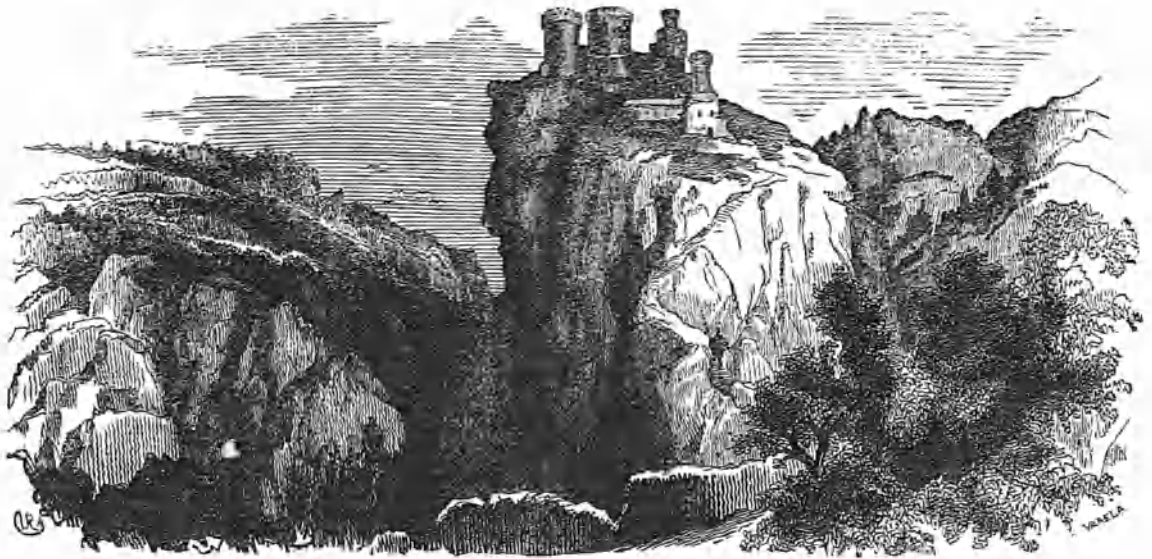
Cogió la calleja de la Lechuga, que estaba en frente, pareciéndole que hombre, á quien sucedia aquel desaire, no podia andar por calles en que hubiese luz. Entróse luego por la del Gato, tambien por calleja, y salió sin saber donde iba, á la plazuela del Angel. Como era medio día, estaban á las puertas principales algunos coches sin mulas, y entre ellos uno con una cédula, señal de que se vendia. Reparóle el hombre; crecióronle un tercio los ojos; partió como una flecha al coche; informóse de la cédula de la persona con quien habia de tratar de la compra, y encontróla facilmente, porque la hora le tenia en casa. Empezóse á hablar en la materia, y el dueño del coche conoció la enfermedad al burgalés, y pensó en venderle como si le vendiera la salud. Hizo el comprador que sacasen las mulas al patio, mas por ver si estaban vivas, que por ver si eran buenas. Concertó en fin el coche lo mas aprisa que pudo, porque no se arrepintiese el dueño de venderle aquel día, y concertóle en setecientos ducados de contado. Hizole poner, y con la persona que habia de recibir el dinero, se fué en él á su posada. Sacaron cuanto dinero suyo habia en ella, que fueron seis mil reales, y por los mil y setecientos que faltaban, dió una sortija de diamantes en prendas, á quitar al día siguiente. Nadie ha cogido de repente una corona con tanto gusto, como él estaba con su coche repentino. Enviósele á la dama, y vino por él el coche de los amigos, que le habian de llevar á la fiesta. Encontró en el campo á su dama: ella le hacia con los ojos halagos, y él echaba el corazon por los ojos. Anocheció; pasóse á un estribo del coche en que iba ella, y acompañóla. Amaneció el día dos de Mayo, y hallóse con dos coches y sin blanca. Fué preciso vender con mucha brevedad el uno, porque los estómagos son acreedores muy puntuales. Sacó el mas moderno á la puerta de Guadalajara, y despachóle pronto. En cosa comprada con necesidad, y vendida con necesidad, bien se conoce cual seria la compra, y cual seria la venta. El compró el coche en mucho mas de lo que valia, y le vendió en mucho menos de lo que valia. Dióle doscientos cincuenta ducados ¡ah, gallardia española! ¡Dar por el alquiler de un coche de sola una tarde cuatro mil novecientos y cincuenta reales!

Dan las tres de la tarde, y empiezan á bajar los coches, llenos de mugeres los unos, llenos de hombres los otros. Al llegar al hospital de la Pasion los que llevaban el camino por la puerta de Atocha ven salir un entierro de una pobre, á quien algun deudo suyo enterraba en la parroquia. Va en un medio atahud una muger descubierta, á quien la muerte no pudo quitar las señas de moza. Llevóla toda la hermosura; pero dejó los puestos que ocupaba, poco sitio en la boca, mucho espacio en los ojos. Lo restante del cadáver va cubierto de un sayal de San Francisco. Mas costoso traje debió gastar su vida, que su muerte. ¡Ah, señoras damas: gran sermón y breve! Muger moza, hermosa, muerta y pobre.

(Concluirá.)

Abreviado por J. E. HARTENSCHEM.

POESÍA.



Vista de Zahara.

GONZALO ARIAS DE SAAVEDRA.

Episodio de las guerras de Granada.

I.

Zahara está allí: y en la altura
del cerro en que fué fundada,
y por la fragosa hondura
de sus barrancos guardada,
siempre estuviera segura

de los moros, como el nido
de el águila suspendido
en inaccesible peña,
si menos la hubiera sido
su fortuna Zahareña.

Pero su alcaide Cristiano
nació con estrella aciaga,
y Dios apartó su mano
del infeliz castellano,
y el rayo de Dios la amaga.

Porque ¡ay! ¿qué la han de valer
su muro y torres de piedra
si los ha de mantener
sin fortuna y sin poder
Gonzalo Arias de Saavedra?

¡Desventurada es la historia
de su buen gobernador,
bravo capitán sin gloria,
blanco de mala memoria
y de fortuna peor!

¡Desdichada fué su raza!
no hubo cálculo ni traza
que al revés no la saliera;
ni bando, opinión ó plaza

que, suya, prevaleciera.

Siguió su padre Hernan Arias
de Enrique el rey las banderas
á las de Isabel contrarias;
y perdieron las primeras
sus empresas temerarias.

De el de Cádiz se allegó
Hernan á los partidarios;
y el encono se estinguió
de los grandes sus contrarios
y Hernan Arias se fugó.

De los moros amparóse
y por los moros mantuvo
á Tarifa: mas tornóse
la suerte; capitulóse
y Arias que entregarse tuvo.

Caballeros en Castilla
intercedieron por él,
y olvidando su mancha
le indultó Doña Isabel
confinándole á Sevilla.

Bien único hereditario,
en su aljarafe tenia
un torreón solitario,
y allí su infortunio vario
fuese á llorar noche y día.

Mas hé aquí que maltratado
por el tiempo el edificio
y él imposibilitado
de gastar solo un ducado
de su hacienda en beneficio,

en un temblor que agitó
las tierras circunvecinas
su torre se desplomó,
y Hernan Arias pereció

sepultado entre sus ruinas.

¡Desventurado Hernan Arias!
las estrellas tan contrarias
le fueron en paz y en guerra,
que hasta se le abrió la tierra
sin exequias funerarias.

Su hijo Gonzalo, heredero
de su fortuna fatal,
aunque habido por guerrero
valiente, y buen caballero,
lo pasó siempre bien mal.

De su padre la memoria,
lo siniestro de su historia
y proverbial desventura,
le hicieron sin prez ni gloria
pasar una vida oscura.

Dotado de alto valor,
de ciencia y destreza rara
en la guerra, con honor
de alcaide gobernador
le enviaron al fin á Zahara.

Dióle la reina Isabel
compadecida este cargo:
pero dándole á él
el mejor panal de miel



(«Pagadme»)

se le hubiera vuelto amargo.

Era Gonzalo un valiente
y entendido capitán,
tan audaz como prudente:
mas ¿qué hará sino le dan
ni bastimento ni gente?

«Tu lealtad y tu bravura
«tendrán á Zahara segura»
le dijeron; y le enviaron
á Zahara: mas no contaron
con su innata desventura.

Sin viveres y sin oro
con que pagar sus soldados,
no puede ni su decoro
sostener, ni contra el moro
tenerlos subordinados.

Su gente se le revela,
y él solo en continua vela
su fortaleza recorre,
y hace á veces centinela
él mismo en alguna torre.

«Si no por obligacion
«por vuestro bien ayudadme»
les dijo en una ocasion:
y su alfez Luis Monzon
contestóle ébrio: «Pagadme.»

Y el pobre gobernador
sin influencia y sin pan,
se vió inútil capitán
de gentes que sin temor
ni amor hácia él están.

Pedia al gobierno amparo
de viveres ó dinero:
pero el Gobierno reparo
no ponía, y el frontero
segua en su desamparo.

Dos veces quiso salir
á correr la mora tierra,
mas sus gentes al oír
que se trataba de guerra
no le quisieron seguir.

Tal era la situacion
de Zahara en esta ocasion;
tal es el afán que arredra
el brio de el corazón
de Gonzalo Arias Saavedra.

El moro que penetrara
su abandono y su pobreza
se dijo: «es cosa bien clara
que me dá la fortaleza
quien así la desampara:

Con que tomarla es razon»
y Hacén dispuso á este fin
misteriosa expedicion,
dándole gente en union
la Alhambra y el Alhacín.

Salió pues de la ciudad
Muley en la oscuridad
sin decir de esta salida
la razon desconocida
para mas seguridad.

Y es fama que el africano
por bajo el arco al pasar
de Bib-Rambla dijo ufano:
«le tengo de festonar
con cabezas de cristiano.»

(Concluire.)

JOSÉ ZOBRIILA.